

Aliso

revista



N° 28 | MARZO 2021

EDITORIAL
ana



Escriben en este número de Aliso Revista: Escriben en este número de Aliso Revista: Maira Colman, Juan Luis Henares, Julián Obeid, Matías Larraule y Cecilia Tonina.

La ilustración de tapa como las del interior de la revista son obras de Julián Obeid.

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

www.anaeditorial.com

 **Ana Editorial**

 **@anaeditorial**



POESÍA

Dos poesías del libro
De insomnio y silencio
de Maira Colman

Peso

Compré un libro, llené mi bolso, me vestí.
Me miré al espejo por última vez
antes de salir y emprendí el viaje.
Subí al colectivo, había comprado un pasaje
para estar del lado de la ventanilla y así mirar el camino.
Vi el verde del paisaje, vi las estrellas en la noche,
vi mis recuerdos mientras sonaba
alguna canción melosa en mi celular.
Cerré los ojos.
Me desperté casi llegando a destino.
Bajé del colectivo, pregunté cómo llegar a la playa.
Dejé mis cosas en la arena.
Me desvestí hasta quedar en traje de baño.
Me metí al mar, estaba helada el agua.
Caminé y caminé por ese territorio helado.
Y poco a poco me saqué el peso de tu piel.

Crítico

Soy mi mejor crítico.
Me gusta pegarme donde más me duele.
Soy esa vocecita que se acrecienta a cada instante.
Soy mi propio basural mental.
A veces me odio tanto que me creo problemas,
junto todo lo no dicho y armo un soldado fuerte,
de hierro imposible de derrotar.
Así soy cuando me olvido de mí,
cuando pierdo la confianza.
Soy mi gran enemigo,
me hago pedazos y después no sé cómo rearmarme.

LOS TEROS

Un cuento de Juan Luis Henares

Todo comenzó con mi gusto por las máquinas; desde pequeño me apasionaron las que, provistas de un motor, tenían movimiento propio. Fuera en la calle, en las revistas o en la pantalla del televisor, mis ojos azorados se posaban en ellas: la imaginación volaba al ver autos, colectivos, camiones, motos, tranvías, trenes, lanchas y barcos. Rumbo a la casa de mis abuelos maternos en Santa Fe a fines de los sesenta, cruzábamos en balsa el río Paraná, y el trasladarnos en esa gigantesca embarcación llena de autos y camiones se convertía en la más fantástica aventura que podía vivir en esos años. Y qué decir de las visitas que hacíamos con mi abuelo paterno a la estación del Ferrocarril General Urquiza —a escasas tres cuadras de casa— a ver los trenes que llegaban o partían: Don Juan me hacía subir a los vagones y sentarme en sus asientos; el guarda, al darse cuenta de la situación, compinche le guiñaba un ojo para luego tocar presuroso el silbato y juntos reír a carcajadas al verme bajar la escalerilla a las corridas, con miedo a que el tren arranque y me lleve con él.

Sin embargo —llegado el caso de tener que elegir— mi preferencia estaba con los coches de carreras, los cuales ha-



La suerte de las flores

Melé Graglia



EDITORIAL
ana

La suerte de las flores

Melé Graglia

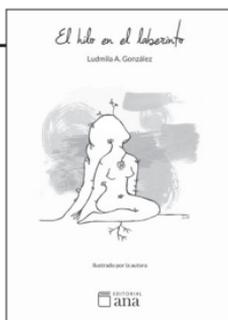
EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com



bía descubierto el día que papá me llevó al estreno del film Grand Prix: devoraba sus fotos en blanco y negro en las revistas El Gráfico y Goles, me entusiasmaba frente al televisor con la serie de animé japonesa Las aventuras de Meteor —el Mach-5!— y corría, en pistas delineadas con bloques Rasti en el piso de mi habitación, emocionantes carreras con los autos ingleses Matchbox que me compraban en las jugueterías Davoli y Hobbylandia. No obstante, además de los autos, soñaba con toda clase de maquinarias e imaginaba decenas de aventuras con ellas.

Pronto conocí otro tipo de aparatos; con exactitud puedo decir que el domingo 7 de diciembre de 1969 fue el día en que me enamoré de las máquinas voladoras. Esa mañana se inauguró el circuito asfaltado del Autódromo Ciudad de Paraná, y con mi padre allí nos dirigimos en su Chevrolet 400 Rally Sport. Se disputaron competencias de Sport Prototipo, Mecánica Argentina Fórmula Dos y Cuatro, en las que triunfaron Eduardo Copello con el Numa, Carlos Reutemann —un año antes de viajar a Europa— a bordo del BWA y Carlos Ragno en el Crespi. Recuerdo que, en la competencia final de los Sport Prototipo, mientras me deleitaba con el vertiginoso tránsito sobre la recta principal de los bólidos, me sorprendí al observar en el horizonte un objeto de color amarillo que pasaba veloz en las alturas: no era un coche, tampoco un pájaro común, pero sí uno de metal. Sucede que a quinientos metros se encontraba el aeroclub, un lugar desconocido para un pibe de seis años como yo. Ese día algo cambió: a mis amados autos de carreras solo podía verlos en el autódromo —y con mucha suerte en algún taller de la ciudad—, en cambio a los aviones lograba divisarlos a diario, pues bastaba con escuchar el lejano



El hilo en el laberinto

Ludmila A. González

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

sonido de sus motores, correr al patio de casa, con mis manos protegerme de los rayos del sol y deleitarme con sus vuelos. A partir de ese momento me fascinó mirar al cielo.

Años después descubrí la Segunda Brigada Aérea; al salir a dar un paseo en auto resultaba invariable que yo deseara tomar por esos rumbos. Recuerdo, en la segunda mitad de los años setenta, el amenazante cartel que recibía a los coches en la banquina de la Avenida Jorge Newbery:

No detenerse, el centinela abrirá fuego.

Cartel que burlábamos, ya que mi padre detenía el coche —un Torino Coupé TSX en esos años— en una calle lateral de tierra desde donde podíamos contemplar, en un acto de rebeldía contra la dictadura militar que gobernaba el país, los aviones que llegaban o levantaban vuelo. Luego vino la etapa de vigilar el espacio: durante el día en busca de la estela blanca que despedían los jets; en las noches, al rastrear sus intermitentes luces o los satélites que surcaban el cosmos. Nunca olvidaré las contadas oportunidades en que pude observar, a simple vista, algún cometa; el más famoso fue el Halley —última vez visible en 1986— que, en órbita alrededor del Sol, nos visita cada setenta y cinco años. Su próximo paso será en 2061; si logro vivir hasta los noventa y ocho podré verlo de nuevo.

No obstante, vaya paradoja, a pesar de mi pasión por los objetos que se trasladan en las alturas, jamás pude subir a una aeronave —menos conducir un coche de carreras— y disfrutar de la maravillosa sensación de volar.

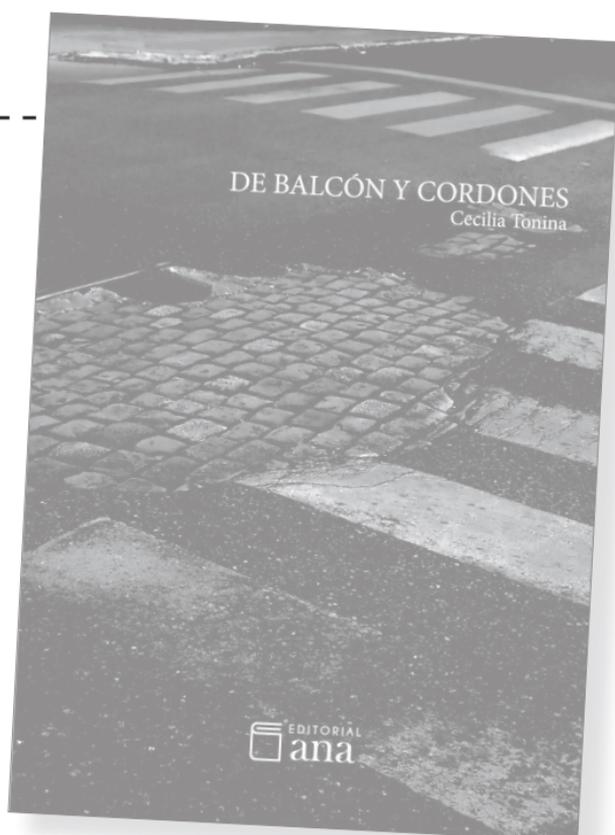
En la actualidad continúo con la costumbre de examinar el firmamento; vivo en un pequeño pueblo que se encuentra a mitad de camino entre el aeropuerto y el aeroclub, lo que me deja apreciar los escasos aviones que lo surcan en estos tiempos. También a los pájaros, los que he descubierto en bandadas o en pequeños y ruidosos grupos: verdes loros con su ensordecedor bullicio, tordos, tacuaras, calandrias, urracas y los grandes teros. Caminar sus calles otorga estos placeres; como en cualquier poblado del interior del país, los días son demasiado tranquilos: en Colonia Avellaneda poco ocurre, sentencian los que vienen, al igual que yo, de la capital provincial. Panorama diferente al de las ciudades, en las cuales la violencia —producto de la pobreza y marginalidad que abundan en ellas— es la moneda cotidiana en la vida de sus habitantes. Aquí la realidad es distinta, solo hay que cuidarse de los perros que intentan morderte y de llevar una gorra que



te proteja del sol.

Mis caminatas vespertinas son placenteras: gozo con el paisaje y además dispongo de la paz necesaria para poder pensar. Asimismo, admiro el vuelo de los teros que, tras sus piruetas, se posan en el campo y de repente levantan vuelo; sus acrobacias terminan en un pequeño bosque ubicado trecientos metros detrás de la vía del ferrocarril. Ahí danzan, giran y realizan picadas tal cual un ágil avión; ofrecen un espectáculo digno de un ballet. Es temprano, el sol todavía brilla; cruzo la vía, paso el alambrado que delimita el campo y sigiloso —evito que los teros se espanten— me acerco a presenciar sus bailes. El olor del pasto, las flores y la bosta de vaca permiten disfrutar de un aire más puro aún que el respirado en el pueblo, que de por sí lo es, puesto que no existen fábricas en la zona. Encima de los árboles me parece divisar pájaros de mayor tamaño, aunque el sol golpea mis ojos y no logro identificarlos. A medida que me acerco la vegetación se espesa; mis oídos escuchan el griterío de los loros, que se entremezcla con el de los teros. Al llegar estos últimos huyen; se asientan varios metros al costado, buscando engañarme así no descubro sus pequeñas crías.

De pronto algo distrae mi atención: escondidos entre las ramas descubro el brillo de objetos que no han sido traídos por las aves. Me acerco y distingo un televisor, un par de ruedas de moto, dos netbooks con sus estuches, teléfonos celulares y una gran caja de cartón que no me animo a tocar. ¿Qué tendrá adentro? Imposible quedar con la duda; esta especie de botín me intriga, es probable que alguien lo haya depositado en el lugar para que no lo encuentren en su casa. La curiosidad me vence, de manera que decido averiguar su contenido. En el preciso momento en que mi mano se posa en ella, un aterrador alarido me sobresalta: son dos grandes caranchos que se enfrentan en la profundidad del bosque. Dejo la caja y me dirijo a ellos; no se retiran, me ignoran, gritan y parecen a punto de enfrentarse en un combate a muerte por algún extraño trofeo. Tomo un trozo de madera mohosa, se los lanzo y raudos se elevan. Entretanto los controlo de reojo me acerco, a la vez que un olor putrefacto me invade y produce arcadas. Arribo y me detengo aterrorizado: en el piso, descompuestos, los restos de un cuerpo de mujer parecen pedir ayuda, ya que el dedo índice de una de sus manos señala hacia el pacífico y bello pueblo —en el que nunca pasa nada— donde transcurre mi apacible vida.



Escribió Abel E. Schaller (Paraná, otoño de 2020)

Una inquietud sedienta provocan las líneas de Cecilia.

Como en un surrealismo à la page, pregunta, nos interpela, anda de hilván en hilván buscándole sabores y aromas a las infulas del aire y de las cosas.

No quedará tranquilo quien la lea. Mas no la demandemos por el color que tiene el baúl por dentro. Seamos esos arremolinados por el viento que ella menciona y ayudémosla a encontrar las respuestas.

ACERCA DE LA AUTORA

Cecilia Tonina nació en Paraná, en 1995. Fue finalista de las olimpiadas nacionales de poesía en 2009.

Escribió su primer libro "Ecología poética: poesía de estación" en 2018 y fue editado en esta editorial un año después.

Recibida de la Tecnicatura en Música con especialización en Guitarra y de la Tecnicatura en Danzas Tradicionales Argentinas, se desempeña como bandoneonista y profesora de danzas folklóricas.

Ha realizado numerosas presentaciones, entre ellas junto al Dúo Enarmonía como guitarrista, bandoneonista y bailarina. También formó parte de la Orquesta Escuela de Tango de Paraná durante 2018 y del Ensamble de Tango del Instituto Superior de Música de la UNL en 2019.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

MARTÍN

Un cuento de Julián Obeid

—Hola Martín ¿te ayudo?

—Si Turco, alcanzame el cajón con las mercaderías.

Sentado en la bancada de la vieja canoa de madera, me recibe el paquete. Acomoda el cuerpo, arregla el tolete de los remos y se va río arriba, la correntada es fuerte. Martín vive sólo en el islote Las arañas, al norte del Rowin Club. Tiempo atrás se instaló en un rancho medio caído que fue arreglando de a poco. Lo acompaña un perro mestizo; rengo y medio chiflado desde que lo picó una víbora. También tiene un gallo llamado Marqués de la Ensenada, en honor a otro animal de riña muy famoso que vivió hace muchos años en la desembocadura del arroyo Ensenada, frente a su islote. El gallo tiene una parada acorde a su título nobiliario y su cantar es afinado. Además hay tres gallinas. Duerme en un catre. Tiene de cocina un pequeño fogón —fabricado con un tacho— que traslada de acuerdo como sopla el viento; se le suman dos sillas y una mesa. Trasladó al lugar una vieja máquina de escribir. Varios cajones de manzana, acostados horizontalmente, hacen de biblioteca y están desbordados de libros. Solamente charla con cardenales, cardenillas y unos Juan soldado, que en bandada inundan el lugar.

Martín es escritor. Hicimos juntos todo el colegio secundario. Únicamente prestaba atención y estudiaba: literatura. Rendía el resto de las materias, incluido educación física. No le importaba nada más. De una inteligencia sobrenatural, en los exámenes de marzo aprobaba lo pendiente sin ningún esfuerzo. En nuestros desvaríos de adolescentes, me repetía:

—Vivo para leer y leo para vivir —doy fe que lo cumple.

Cuando Martín era un chico, fallece su padre. La mamá se vuelve a casar y Martín se va a vivir con sus abuelos en un caserón señorial del centro. Lo construyeron en la década del veinte cuando gozaban de buena posición económica. Luego esa situación cambió y no pudieron mantenerlo. El deterioro, la muerte de sus dueños y los desacuerdos de los herederos, motivó la venta con posterior demolición. Este hecho le generó a Martín una crisis muy profunda y el alejamiento familiar, incluida su madre. Como una forma de

mitigar el dolor escribió éste poema: «*Te alzarón lentamente, / carga de itálica vista. / Te vistieron permanente, / en la fachada purista. / Ladrillos y esfuerzo criollo, / cargada de cedro añoso. // Cobijaste: gurisada, / pesar alegre y esquivo, / quimera no alcanzada, / esfuerzo vano perdido, / pasión no correspondida, / amor amoroso erguido. // Te desmenuzan aireada / como flor apasionada. / No ponderan tus recuerdos. / No perviven tus misterios. / No respetan tus encuentros. / Solo mide, la ganada.*»

En ese tiempo penoso, arma su relación con Laura. Se van a vivir juntos, pero dura poco. Martín un día se levanta y no quiere vestirse. Pasa desnudo toda la jornada porque afirma que así lo dispone la naturaleza y si de chico pudo hacerlo sin reproches, con mayor razón de grande donde puede tomar sus propias decisiones. Otro día le regala el poco dinero que tiene, y su ropa, a un desconocido que golpea la puerta pi-



diendo ayuda. Escribe canciones, después las entrega a algún músico del pueblo y se engancha a cantar días enteros, sin importar otra cosa. Cuando encuentra algún poema que le gusta mucho, se va a la plaza y subido al busto que está en el centro, lo lee a los gritos; siempre termina preso.

—Lo quiero con el alma, pero no puedo seguir así —me confiesa Laura el día que la ayudo a mudarse. Soy amigo de los dos.

Martín escribe todos los días sin excepción, llenando infinidad de papeles que, desordenados, duermen en varias cajas de cartón que apila en su rancho. Páginas y páginas se vuelven amarillas —por el paso del tiempo— y se manchan de humedad. No se anima a publicar los trabajos, tiene material de sobra para varios libros. Su madre periódicamente me entrega dinero para él, se lo hago llegar mediante la compra de alimentos o ropa. Muchas veces me queda la duda si abre el paquete que dejo entre sus cosas.

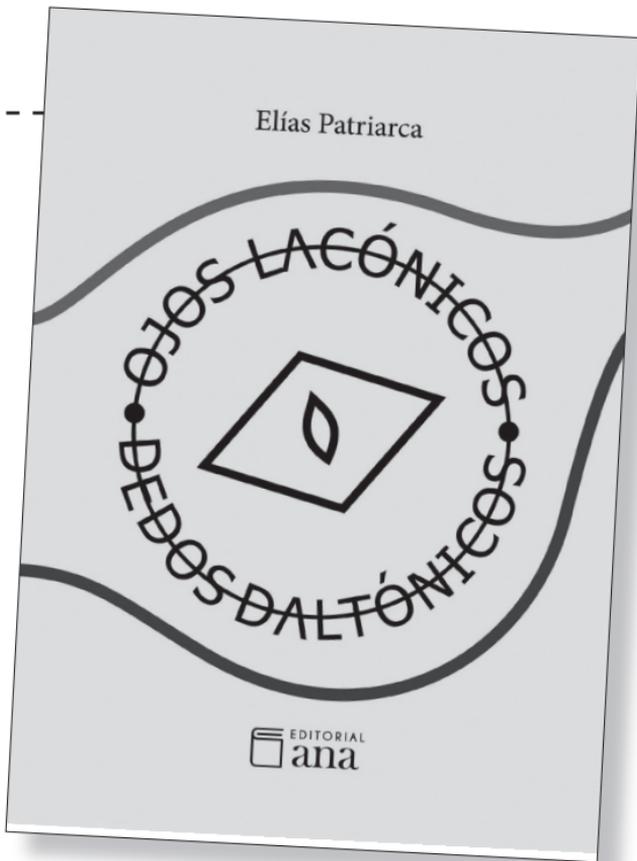
Sentados a la sombra, en el bar que está al final de la bajada al puerto, procuro una solución:

—¿Por qué no vuelves a tu casa Martín? Tu vieja siempre te espera. No entiendo que te lleva a vivir como lo estás haciendo —tomo con fuerza su mano tratando que, de alguna forma, me haga caso.

—Vos sabes que es imposible. Le tengo miedo a la gente. Cuando converso con cualquier persona, me distraigo y no presto atención. No puedo seguir ninguna charla o mantener algún diálogo. Se me enojan porque creen que me burlo. Solo sé escribir y eso no me da de vivir. No sirvo para otra cosa. No me ajusto a ninguna pauta preestablecida, tampoco acato normas o convenciones sociales, lo que me ocasiona diferencias y problemas para convivir. Además he perdido la noción del dinero, más de lo normal. Desconozco cuánto vale un kilo de pan. Hago trueque de mercadería por algún pescado. Nunca sé en qué día vivo y no tengo horarios, solo me guío por el sol. Siento que estoy en otro mundo, no es el mío, tengo miedo de interactuar con los demás ¿me comprendes? —me mira desesperado, con los ojos húmedos. No puedo contestarle, me levanto, le doy un abrazo y me retiro.

Recibo un llamado de Prefectura. Les comunicaron que en el rancho de Martín hay una persona muerta. Quieren que los acompañe para identificar a mi amigo. Llego a la tardecita; es él. Después de cumplir todos los trámites, me explican que la noche anterior unos pescadores —que acampaban cerca—





Estos escritos traen en sus espaldas una invitación a disfrutarlos, reflexionar o dejarlos bajo el polvo del abandono. Mutua compañía en este camino de ojos lacónicos y dedos daltónicos, los míos y los suyos. Ojos que todo lo ven, dedos que todo lo niegan. Ante la imprecisión y la confusión de encontrarnos en un mundo de estas características no puedo menos que rendirle culto al desencuentro entre lo sentido y lo dicho, entre el cansancio y la euforia, entre las ganas y los modos, entre la velocidad y el contacto... Si alguna tarea podría adjudicarle a esta producción, sería la de remover la arena apelmazada en el reloj de alguno de tus días.

ACERCA DEL AUTOR

Edgardo Elías Patriarca nació el 27 de octubre de 1990 en Paraná, Entre Ríos. Actualmente está finalizando los estudios de Licenciatura en Psicología en la Universidad Autónoma de Entre Ríos (FHAyCS - UADER). Desde niño encontró como medio de expresión a los instrumentos musicales y desde adolescente adquirió el gusto por la escritura, ambas actividades que aún sostiene en la práctica diaria.

Instagram: elias.1990

E-mail: patriarcaelias@gmail.com



EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

pasaron por allí y vieron a Martín en el patio; estaba solo, cantando y tocando la guitarra. Se durmió en el patio, a la intemperie. El frío de la madrugada fue excepcional. Muere por un cuadro de hipotermia y desnutrición, así consta en el informe del médico que intervino. Me entregan sus pocas pertenencias.

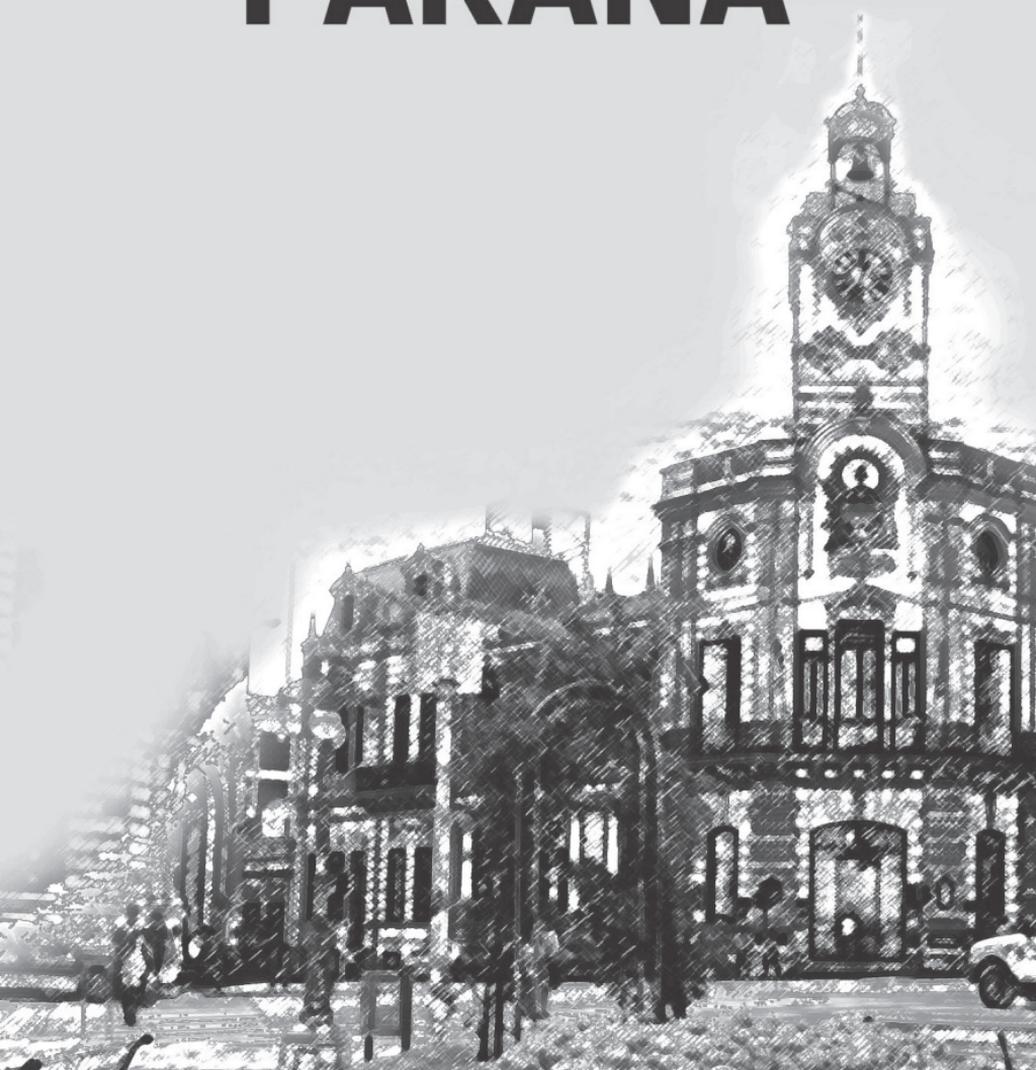
Ya en mi casa, ordeno el material literario para hacérselo llegar a su mamá. Como recuerdo me guardo su último trabajo. Comienzo a leer y veo que es un cuento corto: cosa rara porque Martín escribía solamente poemas. Trata sobre un personaje que vive sólo, con mucho miedo a la gente, invadido por una soledad amarga. Un día se embarca en un viaje sin destino que finaliza en un pequeño pueblito, donde no existen las reglas. Allí desconocen la maldad, la envidia, la avaricia; cada uno puede hacer lo que le viene en ganas. No existe la violencia o agresiones, todos conviven en armonía. Procuran únicamente los bienes esenciales, que se reparten en comunidad. La única plaza está siempre llena; hay representaciones teatrales, se comparten y leen poemas, además escriben y hacen música de la mañana a la noche. Pájaros de toda especie participan, junto a las personas, en una fiesta permanente.

Logro que a Martín lo sepulten en tierra, como él quería. Unos días después, se presenta en la puerta de mi casa el encargado del cementerio. Es un criollo entrado en años, de altura considerable, vestido de bombacha, alpargatas y una camisa de cuadros pequeños arremangada. Se ven dos brazos fuertes propios de alguien que ha trabajado mucho con el cuerpo. Vivió siempre en la zona de chacras y llega a ese cargo por mérito propio. Buen hombre: simple, honesto, serio. Muy enojado gesticula grandilocuente y me explica:

—Mire don Turco, esto no puede seguir así. Todos los días se mete ese perro rengo medio loco y duerme echau sobre la tumba de su amigo. Lo corro, pero siempre vuelve. A la mañana, entran unas gallinas de la casa vecina y despelotan todo el lugar. La cruz está siempre tapaita por cardenales, cardenillas y otros pájaros isleros; no puedo descubrir de ande salen. Pa colmo no dejan de cantar. Esa sepultura está llena de bichos alborotadores y es un vivo jolgorio. En ese sitio no hay ley vio; una falta de rispato total. ¡Junagransiete, no sé qué hacer! Por eso he venío a hablar con usté, pa que me ayude a poner un poco de orden.



MUNICIPALIDAD DE
PARANÁ



UN GOLAZO, 50 AÑOS DESPUÉS

El 13 de febrero, Diario UNO publicó este suelto que camina por la cornisa que separa la realidad de la ficción. El autor es el periodista Matías Larraule quien nos autorizó a publicarlo en la revista. Lo escribió tras el partido histórico de Defensores de Pronunciamiento ante River.

Sí, ya sé. Todos me tildan como un loco, pero así como venuve mi noche soñada. Cuando fui joven salí en la televisión. El equipo fue tendencia en las redes sociales. Por un par de horas el mundo deportivo del país dejó de hablar del contrato millonario de Messi, de quién podía sumarse al plantel de Boca, y del futuro de Marcelo Gallardo. Ese día todo el país habló de Defensores de Pronunciamiento, del Depro, del equipo del pueblo que nadie conocía. De la localidad más buscada en el google maps durante dos semanas.

Ustedes se ríen porque son muy chicos y me ven con varios kilos de más y no corro ni las cortinas, pero cuando yo tenía 20 y pico era flaco. ¡No saben el físico que tenía! Además corría como un animal. Mordía por todos lados. Porque debo reconocer que no era talentoso. Era un rústico marcador central que no daba ninguna pelota por perdida. Y eso que teníamos que trabajar. Porque en el ascenso era muy difícil vivir con el sueldo que pagaba el club. Pero así y todo le dimos batalla a River.

¿Por qué me tratás de exagerado? Lo único que sabés de ese partido fue el resultado. Por eso te resulta cómico los cuatro goles que nos comimos, pero enfrente teníamos a unos monstruos. Unos futbolistas que, durante varios años, se habían acostumbrado a ganar y levantaban trofeos todos los años. Eran los ídolos de varias generaciones. Hasta los más enfermos hinchas de Boca valoraban el poderío de su clásico rival. En cambio nosotros jugábamos el partido de nuestras vidas. Y mirá que, a lo largo de mi carrera, celebré y di un par de vueltas olímpicas.

Es verdad, esa noche perdimos por 4 a 0 frente al poderoso RiverPlate. Pero aunque no me creas, o te parezca difícil de entender, el resultado fue exagerado. Porque los incomoda-



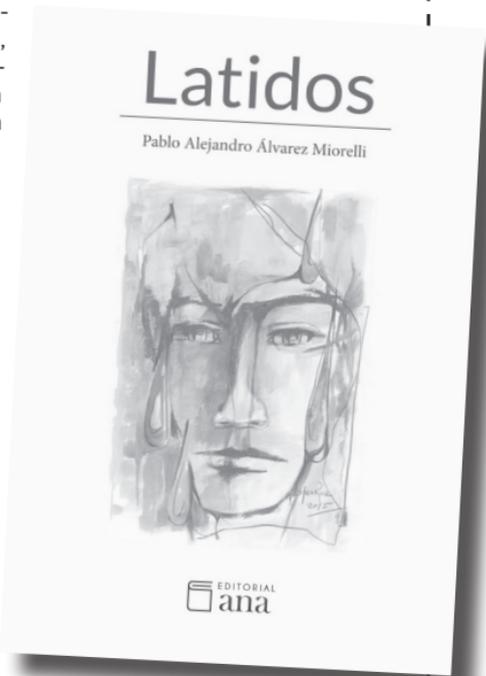
Escribió Silvina Alvarenga:

Transitando esos caminos por los que te lleva este oficio de enseñar, cuando creía que ya nada me podía conmover conocí a Pablo, maestro de 1er. año. Solía escuchar sus clases y podía sentir cómo se abrían aquellos intersticios en la realidad de sus estudiantes por donde se podían percibir otros destinos, promesas que él aseguraba con el tono profundo de sus palabras. Esto que les cuento continúa, la elección del tiempo verbal, el pasado, se debe a que yo no trabajo más en esa escuela, pero él sigue LATIENDO en aquellas aulas, suerte para esos chicos y chicas que comparten ese territorio, dónde aún se pueden torcer destinos.

Hoy tengo el enorme honor de presentar esta obra, cuyo autor es Pablo Alejandro Álvarez Miorelli, poeta y amigo, que interroga, con gran vehemencia, al amor, al tiempo, a la conciencia, a la pertenencia y a la pertinencia. En ella los sentidos toman cuerpo y se convierten en tribunal de lo sensible dónde es considerada nuestra condición humana. Su lectura arrastra, organiza, limita y diluye nuestras fronteras, transita nuestras venas, llega al corazón y DEVIENE EN LATIDOS, como dice el autor:

“...Sigo buscando tiempo y espacios para mi condición humana, para ese lenguaje de las formas etéreas que atraviesan a las almas inconmovibles. ¿Dónde aparece el porqué de este libro? En algún encuentro ¡En algún encuentro! ¡En algún encuentro de Latidos y de palabras para el encuentro! En algún latido”.

Agradezco el espacio para compartir con los lectores los sentimientos que me generó esta obra.

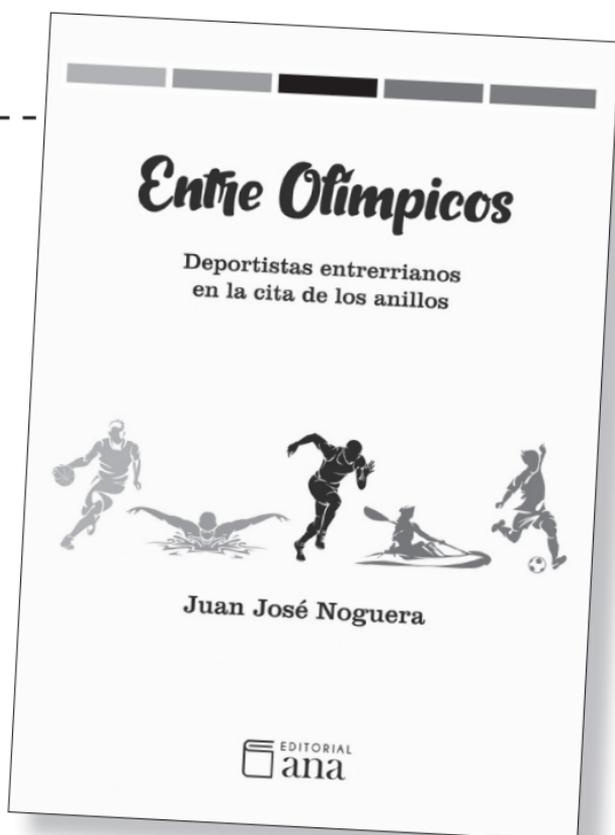


mos. Es más, las gallinas se pegaron un julepe tremendo... En serio. Si hasta le anotamos un gol. Porque si bien el marcador indica que ellos terminaron con el arco invicto esa noche los embocamos. Y no fue cualquier gol. No era un tanto para decorar un 4 a 1. Era el del empate.

Antes del cuarto de hora nos golpearon. Pero no fue un impacto que nos derribó a la lona. Ese gol nos tocó el orgullo. Por eso, y de caraduras, fuimos a buscar el empate. Y lo conseguimos. Fue en una jugada de pelota detenida. Ante semejantes bestias sabíamos que era una de las pocas herramientas que teníamos para convertirle. Y así fue. Héctor, que era nuestro as de espadas, metió un amague que se lo comió hasta el presidente de ellos. Corrí para atacar el balón. Salté más alto que todos para conectarlo. Observé cómo la pelota se dirigía al arco. No entendía nada cuando el arquero de ellos, que era el de la Selección Nacional, no llegaba a desviar la pelota. Grité como un desaforado, lloré de la emoción, pero al instante elevé un rosario de insultos. El lineman levantó la bandera para invalidar la maniobra. Pero lo más triste de todo es que estaba habilitado. Pero no me quedaba otra que ir a llorar a la iglesia.

El gol más gritado y más lindo que anoté en mi carrera no quedó registrado en las estadísticas oficiales, pero sí quedó grabado en mi retina. En la de todos mis compañeros. En la de los dirigentes y colaboradores que viajaron esa noche a Buenos Aires. El pueblo celebró después de llenarse la garganta de gol, pero pasó de la euforia a la bronca. Los fanáticos intentaron presentar un proyecto de ordenanza para declarar al juez de línea persona no grata, pero el tipo es humano. Estoy seguro de que no actuó de mala fe. Se equivocó, como muchas veces me equivoqué dentro del campo de juego.

Pasaron más de 50 años de partido. El gol sigue guardado en mi memoria. Todos los días lo sigo festejando. Se me dibuja una sonrisa al retroceder en el tiempo y recordar esa acción. Observo cómo la pelota vuela por el aire hasta abrazar a la red. Fue el gol más lindo que anoté. No fue sancionado, pero qué importa. Ese gol fue determinante para que muchos, después de ese día, inflen el pecho y dejen en un segundo orden los colores de los equipos más populares del país para reemplazarlos, orgullosos, por los del equipo del pueblo. Porque después de ese día, muchos se transformaron en hinchas del Depro. Y eso, es un golazo al mejor equipo del momento.



¿Por qué escribir y publicar un libro sobre los entrerrianos y los Juegos Olímpicos? ¿Qué relación tiene esta provincia con el evento más importante del deporte mundial? Para esbozar alguna respuesta podríamos recurrir a la historia del Comité Olímpico Internacional (COI) o contar quienes fueron los deportistas provinciales que tuvieron el privilegio de representar al país en algún JJ.OO. o cuáles de ellos portaron con orgullo la bandera nacional encabezando una delegación. Ejemplos sobran. Hubo entrerrianos en momentos claves para la cita de los anillos desde su refundación, por méritos o capacidad, producto de su esfuerzo y sacrificio, por sus deseos de superación y gracias a sus resultados deportivos, o porque los avatares del destino los colocaron en ese lugar.

ACERCA DEL AUTOR

Juan José Noguera Nació un 27 de marzo de 1985 en Villaguay, provincia de Entre Ríos. Es Licenciado en Periodismo y Comunicación (Universidad Nacional del Litoral) y Técnico Superior en Periodismo Deportivo (Instituto Justo José de Urquiza).

Actualmente se desempeña en Análisis Digital y como docente de nivel secundario y terciario. Además, preside desde 2018 el Círculo de Prensa Deportiva de Paraná, una entidad que reúne a periodistas deportivos de la ciudad y la región.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

UNA PIEL..

Del libro **De balcón y cordones** de Cecilia Tonina

Una piel que reconozco como propia. Que tiene lugar de sobra para el querer. Donde el sol encuentra refugio y no genera hogueras. Y sin embargo en un cambio de frente, en una ráfaga que desconcierta a los árboles, se me empañan los reflejos. Recorro los hombros buscando señales. Rodeo lunares aguardando un hallazgo a la vuelta. Miro, veo, observo debajo de las uñas y en la fortaleza de los talones. Escucha. Entrego este trozo de piel, mi ombligo, las rodillas y mi tobillo izquierdo. Debajo de mis cejas, abajo de ellas (podrías partir desde mi oreja, a tu derecha) hay un temporal. Donde los árboles, el sol, los espejos y el querer aguardan su salida.





senado
ENTRE RÍOS

www.senadoer.gob.ar



www.anaeditorial.com



Ana Editorial



@anaeditorial